

¡Oh Verbo! ¡Oh Cristo!
¡Qué bello eres! ¡Qué grande eres!

¿Quién sabrá conocerte? ¿Quién podrá comprenderte?
Haz, oh Cristo, que yo te conozca y que te ame.

Ya que tú eres la luz,
deja llegar un rayo de esta divina luz
sobre mi pobre alma,
a fin de que pueda verte y comprenderte.

Pon en mí una gran fe en ti,
a fin de que todas tus palabras
sean para mí otras tantas luces
que me iluminen y me hagan ir a ti, y seguirte,
en todos los caminos de la justicia y de la verdad.

¡Oh Cristo! ¡Oh Verbo!
Tú eres mi Señor y mi solo y único Maestro.
Habla, yo quiero escucharte
y poner tu palabra en práctica.
Quiero escuchar tu divina palabra,
porque viene del cielo.
Quiero escucharla, meditarla,
ponerla en práctica,
porque en tu palabra está la vida,
la alegría, la paz y la felicidad.

Habla, Señor, tú eres mi Señor y mi Maestro
y no quiero escucharte sino a ti.

Antoine Chevrier
1826-1879